



Las jornadas de protesta nacional Historia ,Estratagias y Resultado (1983- 1986).

Patricio Quiroga Z.
Universidad de Valparaíso

I) Presentación. - Durante diez años el Estado de excepción (1) contuvo toda clase de disidencia, eliminándola o relegándola a la clandestinidad, el exilio, o el autosilencio. Pero, el 11 de mayo de 1983, entró en erupción un volcán que pronto se transformó en la fuente de energía social sobre la cual se cimentaron opciones estratégicas, temores, sueños de poder y ansias de recuperación democrática. La oposición pasaba a la ofensiva. Los trabajadores del cobre recuperaban la iniciativa a través de las «Jornadas de Protesta Nacional» (JPN). En sumario se señalaban:

... « nuestro problema no es una ley más o ley menos, o de una modificación u otra de lo existente, sino que es mucho más profundo y medular. Se trata de un sistema completo económico, social, cultural y político que nos tiene envueltos y comprimidos que se contradice con nuestra idiosincracia de chilenos y de trabajadores».

Las Jornadas de Protesta Nacional (2), de las cuales se cumplen ya 15 años, representan un hecho histórico trascendente, porque sacando a la oposición del reflujo político, inauguraron el proceso que culminó en 1989 con el inicio de la transición a la democracia. En efecto, hacia 1983 las organizaciones democráticas habían pasado las fases de sobrevivencia y reconstrucción, tardándose la implementación de estrategias. La actividad política estaba limitada a la clandestinidad, a los núcleos más golpeados por el Terror de estado, a movimientos

sociales que penosamente se reconstruían y a la actividad del exilio. El paro y la huelga nacional eran objetivos aún en exploración, no obstante desde los partidos políticos se realizaban denodados esfuerzos por llevar adelante sus líneas. Desde los grupos más afectados por la represión se levantaban organizaciones como la de los Familiares de los Detenidos-Desaparecidos y Mujeres por la Vida. En el mundo del trabajo, entre otras, afrontaban la reconstrucción de los destruidos tejidos sociales la Coordinadora Nacional Sindical y la Confederación Campesina e Indígena Nehuén. La flama de la rebeldía estaba presente, pero no encontraba salida, no obstante el empeño y sacrificio en medios y militantes.

El epitafio puesto a la languidescente Unidad Popular, la irrupción de la discrepancia entre ortodoxos y renovados, la derrota guerrillera del MIR en Neltume y la imposición de la Constitución de 1980, sumieron en la crisis a la vieja izquierda. Mientras tanto, la Democracia Cristiana se debatía entre tres proyectos contrapuestos, el de la cooptación con el régimen militar, el de la ruptura negociada y la propuesta de acción por la base (3). Ergo: no existía una estrategia unitaria. Primaba la razón de partido. Ahora bien, aquí radica, sin lugar a dudas, la importancia de las Jornadas de Protesta Nacional porque sorprendiendo al autoritarismo y sobrepasando a los partidos políticos, los movimientos sociales sacaron a la disidencia del encapsulamiento, logrando movilizar a los actores de contra-poder, en una

coyuntura confusa en la que numerosos intelectuales comenzaban a valorar la «refundación» de la sociedad chilena. Acto seguido, las Jornadas de Protesta Nacional paralizaron Santiago, silenciaron Arica, agitaron Rancagua y rechazaron con el «puntarenazo» la visita a esa ciudad del capitán general, Augusto Pinochet. En suma, desde el polvo calameño, la llovizna valdiviana y el sol viñamarino, se levantó la exigencia de libertad.

II) La teoría. - Pero, antes de continuar el balance histórico se propone desde una perspectiva teórica: a) reconocer la importancia que tienen los estudios del tiempo presente, b) acudir a la complementariedad metodológica, y c) resaltar la relación entre proceso histórico y estrategia política.

Respecto al estudio de la historia del tiempo presente se hace necesario constatar que (habidas excepciones) en nuestra historiografía prima un tipo de positivismo (decimonónico) que aboga por la lejanía del hecho histórico antes de emprender su reconstrucción, negando así el carácter de ciencia de la disciplina. Pero, el historiador, como cualquier cientista social, está capacitado (teórica y metodológicamente) para analizar su entorno, encontrando así sentido la propuesta del Prof. J. Fontana en el orden de señalar que la historia es la disciplina del estudio del pasado que permite comprender el presente y elaborar prognosis (4). Contexto en que cobra particular importancia la propuesta del historiador S. Flores en el sentido que no es necesario, «poner entre el pasado y la actualidad un tiempo de reposo o distanciamiento para que el historiador pudiera investigar» (5).

Ahora bien, para dar forma historicista a esta reflexión, hemos optado por la complementariedad metodológica, subordinando a la teoría crítica, lo que P. Burke denomina como nueva historia narrativa (6), o sea, el acercamiento entre narrativa y análisis de estructuras. De la teoría crítica tomaremos tres aspectos fundamentales: movimiento, dinámica y

holismo con el fin de entender el proceso, sus rupturas y la globalidad, y con el afán de reforzar la exposición acudiremos a la narrativa y al análisis de las estructuras, agregando el enfoque polemológico (teoría del conflicto) atendiendo a las operaciones (estrategias) y resultados (cambios) protagonizados por los actores. Se trata de encontrar la lógica historicista, esa «lógica diferenciada» que reclama E.P. Thompson (7), la lógica del «aparente caos» del movimiento humano, aquella apropiada a los fenómenos que están en constante movimiento.

Finalmente, si entendemos que la estrategia política es la ciencia-arte de dirigir, distribuir y coordinar fuerzas y medios para lograr un objetivo trazado de antemano, tendremos la clave para la medición del plan general del enfrentamiento midiendo comparativamente entre los actores la correlación general, los medios disponibles y la ubicación en el escenario de la confrontación. Desde esta perspectiva consideraremos como aspectos estratégicos de la coyuntura: la lucha por el aislamiento (nacional e internacional) del régimen militar, la política de alianzas, el desarrollo de la fuerza político-social, los niveles de organización, la posición política, el desarrollo de una fuerza dirigente y el estado de ánimo de los actores.

III) La Historia. - A continuación, apoyándonos en la técnica del relato-síntesis enfocaremos los aspectos medulares de las Jornadas Nacionales de Protesta.

Cuando, el 21 de abril de 1983, el congreso de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), llamó a organizar una Jornada de Protesta Nacional contra el gobierno militar, se puso en marcha un episodio histórico de insospechadas consecuencias incluso para los convocantes del acto, porque a partir de la primera JPN (11, mayo, 1983) la sociedad chilena entró en una nueva modalidad de articulación de los actores ante el conflicto, modificándose el marco político-nacional, hecho posible porque existían factores como el repudio a diez años

de Estado de excepción, la pertinencia en la memoria de los vencidos del sistema democrático, la fractura del frente autoritario, y la crisis del modelo económico (8), quebrantado desde 1982. Al respecto es necesario recalcar que la Protesta tuvo un componente importante en el estado de ánimo de una ciudadanía que mantenía en su memoria la idea democrática. De manera que como señalaban los trabajadores del cobre había llegado... «el momento de ponerse de pie y decir BASTA», comenzando un nuevo capítulo para el movimiento democrático.

La convocatoria de la CTC era del más tradicional orden político pues en las mentes de los dirigentes rondaba el llamado a Paro Nacional, aspiración imposible de concretarse, debido al corte de la relación entre los partidos y los movimientos sociales. Radicando allí su transformación en JPN y en el detonante que condujo a la re-politización de la sociedad civil (9). Circunstancias bajo las cuales vale la pena preguntarse ¿cómo un paro nacional fracasado y convertido en JPN logró tanta trascendencia? ¿la re-politización de la sociedad civil corresponde, entonces, a una sensación nacional de fastidio con el ejercicio del poder por los militares?. En efecto, la primera Jornada de Protesta Nacional recogió un estado de ánimo adverso al gobierno militar transformando la disidencia soterrada en una abierta oposición demandante de cambios políticos. La jornada elevó a la oposición a calidad de actor nacional e incluso catapultó la constitución del Comando Nacional de Trabajadores (CNT), contribuyendo a la reconstrucción de la sociedad civil. Ahora bien, desde el punto de vista de la estrategia política la JPN demostró que: el disenso era posible, que los partidos políticos habían sido rebasados, que los movimientos sociales no tenían estrategia de cambio y que los militares habían sido sorprendidos.

La segunda Jornada de Protesta Nacional (14, junio, 1983), llamada por el movimiento sindical, consolidó una nueva forma de enfrentamiento al autoritarismo, pero el actor

convocante, tributario de un precario liderazgo, debió buscar el apoyo de organizaciones políticas como la Multipartidaria y el Proyecto Democrático Nacional (PRODEN), rearticulándose los nexos entre el movimiento sindical y los partidos democráticos para enfrentar activa y coordinadamente a la dictadura. El movimiento sindical, ajeno a la idea de negociación, intentó nuevamente la convocatoria a un paro nacional indefinido, con un consiguiente fracaso a consecuencia de la debilidad sindical, la censura, la represión y la defeción del gremio del transporte. Pero, a pesar de los reveses había comenzado la transferencia de su capacidad de convocatoria hacia los partidos con la consiguiente reaparición de la competencia.

Ahora bien, estratégicamente la fusión de los intereses del movimiento social, del PRODEN y la Multipartidaria indicó la presencia de sectores que presionaban para una rápida negociación (centro), también quedaba de manifiesto la debilidad de la izquierda (sorprendida por los acontecimientos) y la confusión en la respuesta autoritaria.

La debilidad del movimiento sindical permitió que la tercera JPN (12, julio, 1983) pasara a manos de los firmantes del Manifiesto Democrático (10), alianza a la que adhirió el CNT. A partir de este momento se reconstruyó el PDC y la alianza de centro fundándose la Alianza Democrática (AD), quedando sellado el desplazamiento del movimiento sindical por partidos políticos en reconstrucción y nuevos actores también provenientes del movimiento social: pobladores, estudiantes, profesionales, dueñas de casa, empleados... proliferando organizaciones de base como el Movimiento por la Dignidad, el Secretariado de las Organizaciones Sindicales de Base, la Coordinadora de Organizaciones Sociales Populares, los Comandos de Protesta, etc. La sensación de desperfilamiento gubernamental engrosaba las filas de la Protesta, vacilando bases de apoyo del autoritarismo como el comercio detallista y el transporte ca-

mionero. A nivel estratégico-político pudo constarse que el gobierno pasaba a la contraofensiva a través de la censura informativa, allanamientos, detenciones, relegaciones despidos y toque de queda, que el centro no había decantado aún una estrategia de transición explorando el diálogo sobre una base puramente espontánea y que la izquierda era incapaz de implementar sus diseños estratégicos.

Ahora el balance. Las tres primeras JPN convocadas por movimientos y partidos en proceso de reconstrucción pecaron de subjetivismo y sobrevaloraron la capacidad de convocatoria. Situación que obligó a considerar, en la perspectiva del Paro Nacional, a la JPN como una estrategia intermedia sustentada en actores políticos y sociales fragmentados que debieron buscar en la unidad y lucha la construcción de su fuerza, perspectiva posible por la aparición de *nuevo estado de ánimo y nuevas formas de lucha*. Por otra parte no puede omitirse del balance, la respuesta gubernamental. Pasemos al relato. El gobierno militar respondió con censura y represión; aunque en la primera JPN jugó la carta de la desmovilización confiando en los efectos de diez años de Miedo (11). Ante la eventualidad acentuó la imagen de un enemigo propulsor del «caos, la anarquía y la violencia marxista». Fracasado en el intento, enfrentó la segunda JPN acudiendo a la represión abierta. Vano intento. Porque en cada acto participaron los más diversos sectores de la población: sindicatos, profesionales, dueñas de casa, pobladores, trabajadores públicos y privados, etc. Las expresiones de descontento serían múltiples e inéditas, en las mañanas arreciaban los «viandazos», las protestas de abogados y otros profesionales en los Tribunales de Justicia, las asambleas y mitines estudiantiles. En horas de la tarde se observaba una notoria disminución del flujo vehicular y la ausencia de escolares en sus centros de estudio, luego el estridente sonido del «caceroleo», para finalmente, en horas del crepúsculo, cubrirse Santiago del crepitar de fogatas y barricadas.

La población que protestó vivió un clima «festivo», producto del mutuo reconocimiento de los manifestantes en un lugar común que rompía con el arrinconamiento y aislamiento de la política arrojada al marco del grupo familiar y/o a la ilegalidad. Simultáneamente se produjo la re-politización de la sociedad civil, experimentándose la pérdida del Miedo por la reapertura de la comunicación social. La protesta permitió articular una forma de lucha altamente comunicativa y participativa sobrepasando la lucha orgánico-individual y solitaria de la clandestinidad. El rango de las conductas varió entre la población en general y los grupos de mayor politización, aunque ningún grupo social logró articular una estrategia coherente; por lo tanto, el espontaneísmo sobrepasó con largueza la conducción del movimiento. Pero, a pesar de carencias y vacíos, las tres primeras JPN impulsaron la participación a amplios sectores de la nación, sacando el conflicto por la democracia a la calle.

La Protesta cambió el clima nacional. Sin convocatoria igual se manifestaba. En otras palabras, las JPN eran largamente precedidas por formas diversas de enfrentamiento con el Poder. De hecho, entre la tercera y la cuarta jornada la sociedad chilena se polarizó. Los sectores democráticos estaban ganando presencia, produciéndose manifestaciones frente a la Biblioteca Nacional (Santiago), en los campus universitarios (UC/Pedagógico) y fábricas, las mujeres articulaban diversas formas de protestas, fundando la MEMCH 83'. También copaban las calles profesionales y familiares de la agrupación de detenidos-desaparecidos, estado de cosas ante el cual el gobierno intentó bajar la presión social, liberando a dirigentes detenidos y anunciando el retorno de exiliados. Medidas complementadas por el anuncio de un cambio de gabinete dirigido por S.O. Jarpa para dar paso a una «apertura política». Comenzaba a quedar atrás la improvisación y comenzaba a perfilarse la competencia entre una salida pactada (12) y una rupturista.

Continuemos. Sometamos al análisis la cuarta Jornada de Protesta Nacional (11, 12, agosto, 1983). Esta vez convocaron la AD y la CNT, llamamiento al que se sumó la izquierda planteando la prolongación de las acciones durante el día 12, demostración del grado de división del movimiento democrático. Una vez conocida la convocatoria, el propio general A. Pinochet advirtió a la población que había impartido «instrucciones para hacer responsable ante cualquier desmán, aunque digan que la protesta es pacífica, a los señores que firmaron el llamado. Ellos van a sufrir las consecuencias, y que tengan cuidado, porque yo no voy a ceder un paso. Además, tengan la seguridad que Santiago está cubierto por 18 mil hombres, y con órdenes de actuar duramente». La amenaza no podía ser más diáfana. Eran las instrucciones de un «guerrero», actuando en la escena política (13). Acto seguido, Santiago, el epicentro de las Jornadas hasta ese momento, sería dividida en cinco zonas bajo control militar.

Zona Oriente: General de Ejército, Enrique Valdés.

Zona Occidente : General de Ejército, René Vidal.

Zona Centro : General de Ejército, Rolando Figueroa.

Zona Norte: General de Ejército, Cristián Arkenett.

Zona Sur: General de Aviación, Ramón Vega.

Las acciones disuasivas no tendrían parangón histórico. Por doquier causaron estragos las ráfagas de amas de grueso calibre, patrullas militares rompieron a culatazos los vidrios de modestas viviendas, mientras proferían insultos, gritos amenazantes y calificativos denigratorios contra la población, constituyéndose en un acto usual la conducta obscena enfilada contra la población femenina. Uniformados, carabineros, detectives, funcionarios de la CNI y jóvenes de la Secretaría Nacional de la Juventud apedrearón casas y departamentos, causaron destrozos y desmanes, insultaron, detuvieron, golpearon y balearon a la población, dejando un saldo de 35 muertos, 200 heridos y millones de pesos en

pérdidas materiales. A la dura respuesta deben agregarse la imposición del toque de queda, el estado de emergencia, la censura a los medios de comunicación y los allanamientos masivos. El clima de violencia, amedrentamiento, y angustia cristalizó en un estado de ánimo confrontacional que condujo a un fenómeno inédito: la *auto-defensa*. Al respecto debe tomarse en cuenta que la estrategia de recomposición del Terror se basó en la represión indiscriminada. Pero también apareció el antídoto: la *auto-defensa* (14).

La cuarta JPN tuvo trascendencia histórica, porque la suerte de la democracia quedó ligada a la capacidad de convocatoria de los partidos políticos, colapsando los intentos gubernamentales por corporativizar el sistema político. Después de diez años de prohibición, escarnio y persecución reaparecían los vilipendiados partidos políticos. Desde la base de la protesta surgieron nuevas formas de lucha, que aunque impregnadas de espontaneísmo, dieron forma a dos opciones: las estrategias de ruptura y negociación. Ahora bien, ambas estrategias, en la particular coyuntura, a pesar de sus diferencias tenían un elemento común: la subjetividad y la falta de precisión para enfrentar a un rival que transformaba la política en un duelo. Pero, a pesar de estas carencias ambas habían contribuido a que el Miedo y la insularidad, la soledad en compañía, quedaran atrás. Expandiéndose el acto de ruptura con el Estado de excepción por Antofagasta, La Serena, Los Andes, Valparaíso, Viña del Mar, Rancagua, Chillán, Talcahuano, Concepción, Temuco, Osorno, Valdivia y Punta Arenas. Así la JPN tomó un carácter nacional.

Un dato curioso. Contra todo lo que pueda suponerse las demostraciones anti-gubernamentales no se limitaban solamente al día prefijado. A pesar del desgaste y el peligro que implicaba cualquier forma de manifestación la calle permanecía en permanente estado de ebullición. Fue el reflejo de un especial estado de ánimo libertario. Por ejemplo, entre la cuarta y

la quinta Protesta la convulsión social alcanzó un punto culminante, manifestaban los profesores de la AGECH (Asociación Gremial de Educadores de Chile), los estudiantes (Comités de Bases), los arquitectos, los médicos (Colegios Profesionales), los pobladores (Metropolitana de Pobladores) y las mujeres (MEMCH-83). Marchas de pobladores, manifestaciones de jóvenes, encuentros de artistas, se sucedían uno tras otro. En medio de esta maraña de sucesos sociales se realizaron sendas conferencias de prensa de partidos opositores que emergían cual ave fénix de la clandestinidad. Chile estaba a punto de estallar. El fantasma centroamericano no era solo una hipótesis, eventualidad ante la cual el gobierno buscó fórmulas para descomprimir la caldera social recurriendo al «diálogo».

Recordemos que mientras el 11 de agosto, 18.000 hombres controlaban las calles, S. O. Jarpa era nombrado Ministro del Interior con la misión de frenar la creciente insurgencia a través de negociaciones con un sector de la oposición, anunciando para tales efectos la «posible anticipación de partidos y parlamento y la solución definitiva al problema del exilio» (21). Poco después, el arzobispo de Santiago ofrecía su mediación y la AD publicaba el documento «Bases del diálogo para un gran encuentro nacional» (15), demandando plebiscito, asamblea constituyente, gobierno provisional y un plan económico de urgencia. Dos días después gobierno y opositores de la AD iniciaban el diálogo en las oficinas del arzobispo de Santiago *confrontándose la estrategia de mantención en el Poder y la transición negociada*. En la reunión, la AD rebajó sus demandas al término del estado de emergencia, al fin de la aplicación del artículo 24 transitorio, al reconocimiento de los partidos políticos, al acceso a los medios de comunicación de masas, al retorno de los exiliados, a la dictación de una ley electoral y a la reposición de la libertad de reunión e información. Pero, cinco días más tarde el general A. Pinochet señalaba... «no habrá precipitaciones. La transición no es una senda fácil, pues existe la posibilidad de perder el control de la

situación» (16), El diálogo quedaba en la nada.

La AD estupefacta insistía en la realización de un calendario fijo de transición a la democracia (con agendas, plazos y objetivos), produciéndose el 5 de septiembre un nuevo «diálogo», que también fracasaría. Pronto las alternativas de recambio centristas sufrirían otro golpe, puesto que el gobierno militar declaró que mantenía los plazos impuestos por la Constitución de 1980 (elecciones en 1988). Alejándose así la posibilidad de una transición pactada. Para el PDC el diálogo implicaba la posibilidad de imponer su estrategia, de lograr una salida bajo presión-negociación. La estrategia de «concertación y pacificación de los espíritus» guardaba coherencia con el cuerpo doctrinario demócrata-cristiano, intentando articular una estrategia con fuerzas de la derecha (Derecha Republicana), de la centro-izquierda (Radicales y Socialdemócratas) y con sectores socialistas (PS-Núñez). La negociación debía contener todo desborde libertario, de no ser sobrepasada, renunciando de antemano a cualquier actitud de rebeldía-activa, incentivando alianzas, fisuras y divisiones en la izquierda marxista.

El frustrado diálogo mostró un triunfador, A. Pinochet. El comandante en jefe había ganado tiempo, a través de interlocutores dejó incólume su poder y acentuó su autonomía respecto a los grupos de poder en trance de desarticulación. El diálogo correspondió a una concepción militar de la política, se trató de descomponer, desmovilizar y paralizar la *primera gran ofensiva* del movimiento democrático. En suma, ganó tiempo y rearticuló las líneas defensivas de las fuerzas dictatoriales. Pero, de la ruptura del diálogo a nuevas JPN mediaba un corto trecho, porque las marchas, las huelgas, las manifestaciones y toda clase de declaraciones aumentaban la fermentación social. Ante lo cual el gobierno preocupado ante la hipótesis de guerra civil puso fin al Estado de emergencia, anunció un plebiscito y la promulgación de leyes orgánicas. Pero, es-

tas no eran concesiones sino logros del sostenido avance opositor, al extremo que el propio Ministro del Interior, alarmado por la *creciente ingobernabilidad* terminó por llamar a los sectores oficialistas a «organizarse para defenderse» (17), marco en que se inscribió la quinta Jornada de Protesta Nacional (8, septiembre, 1983).

El preludeo de la nueva JPN estuvo marcado por dos acontecimientos: el asesinato del general Carol Urzúa y el inicio de un nuevo «diálogo». Acto acompañado de «gestos» gubernamentales como el retorno de parte del exilio y ofertas relativas a la convocatoria a plebiscito, leyes orgánico constitucionales y de partidos políticos, registros electorales y congreso. Pero, a pesar de la oferta la JPN se realizó. Como en la anterior ocasión compartieron la convocatoria la Alianza Democrática y el Comando Nacional de Trabajadores. Aunque, simultáneamente, la izquierda llamó a prolongar las acciones durante los días 9, 10 y 11, Jornadas dedicadas a 7 homenajes a Salvador Allende y al entierro masivo de 15 manifestantes caídos en las manifestaciones, porque en la ocasión se escenificaron nuevamente los luctuosos sucesos ya conocidos. La agitación generaba confianza, incluso los obreros enganchados a los planes de empleo mínimo (POJH/PEM), paralizaban sus obras por primera vez... la actividad de los partidos iba «in crescendo»... los estudiantes comenzaban a exigir la restitución de sus derechos... Pero, lo más importante de esta jornada radicó en la proliferación de nuevas formas de protesta y en la confirmación de una hipótesis: sin lucha no habría democracia.

Estratégicamente la jornada había mostrado el equilibrio alcanzado entre las fuerzas opositoras, las que en estado de *equilibrio* mostraban gran *contundencia* cuando *complementaban las acciones anti-dictatoriales*; pero, comenzaba rondar el fantasma del fracasado diálogo cundiendo la frustración, constatación ante la cual el recién fundado MDP (18) convocó a la sexta Jornada de Protesta Nacional (11, 12, 13, octubre, 1983), retirando en el acto su con-

vocatoria la AD, acentuándose la dualidad de líneas, el «vidas paralelas» de la oposición.

El llamamiento izquierdista se basó en el estado de eferescencia traducido en huelgas de hambre, manifestaciones, tomas de terreno y en la frustración colectiva ante el tercer fracaso del diálogo. Rondaba el desánimo. La izquierda se arriesgó dando origen a una cuasi semana de manifestaciones que desbordó con creces su capacidad de conducción política, sobrepasada por la acertada *periferización* de las acciones, acompañada de una creciente radicalización juvenil, escenificándose nuevamente los luctuosos sucesos ya conocidos, aunque un hecho marcó la diferencia: la realización de la primera manifestación masiva desde septiembre de 1973. En efecto, al llamado del Comando Unitario Democrático (CUD), constituido por el PRODEN y el MDP, 80.000 personas, desafiando al régimen manifestaron su repudio (19). La contrarrespuesta fue dura. En adelante, junto a las balizas convencionales, fueron empleados, balines, bombas, perdigones y perros amaestrados. Por su parte, los sectores de contra-poder comenzaban a variar sus formas de lucha, junto a la no-violencia (*sit-in*, ayunos, *caceroleos*), se desarrollaron formas pre-insurreccionales (quema de microbuses, atentado a instituciones estatales, apagones, sabotaje menor, fogatas-barricadas), entendidas como medidas de autodefensa y de ofensivas parciales en un marco de lucha masiva con perspectivas insurreccionales y limitadas a barrios y poblaciones determinadas. Ahora bien, tras la respuesta gubernamental de mantener los plazos institucionales de 1980, *estratégicamente* quedó demostrado que la *unidad por la base era posible*, y que en ese marco se *complementaban* las estrategias de la renuncia y el derrocamiento.

Tras las Jornadas de octubre pasaron varias semanas antes de una nueva convocatoria. En el intertanto, no bajaba la marea social, nuevas formas de manifestaciones mantuvieron la presión, una nueva convocatoria concentró el 18 de noviembre a 300.000 opositores en el

parque O'Higgins de la capital, concentración seguida de una de similares características, llamada por la AD, en Valparaíso. Los partidos seguían reconstruyéndose, pasando de la ilegalidad a la *legalidad de hecho*, como lo demostró la celebración de la primera Asamblea Nacional del MDP (3,4,5, febrero, 1984). La pérdida del Miedo y el resquebrajamiento de la censura permitió que algunos medios opositores dieran cuenta de grandes escándalos financieros en los que estaba envuelto el gobierno, teniendo una espectacular repercusión la denuncia de la construcción de la « casa de Lo Curro» (20), empresa presidencial que se construía a un costo de 20 millones de dólares. Por su parte, el régimen militar contra-atacaba, entregando a publicidad un proyecto de ley anti terrorista, el anteproyecto de partidos políticos y abría un frente de confrontación con la Iglesia. Decisiones tomadas en un contexto de crecientes dificultades con el FMI y de nuevas diferencias con el gobierno de los EE.UU. (21).

Mientras arreciaba la controversia fue convocada la séptima Jornada de Protesta Nacional (27, marzo, 1984). Nuevamente la guerra psicológica ocupaba la escena, pues el llamado coincidía con rumores de «autogolpe», centrándose el rumor en la posible eliminación masiva de opositores, acción acompañada por la prisión del presidente del MDP (Manuel Almeyda), una violenta golpiza al presidente del Proden (Jorge Lavandero) y profusión de autoatentados. Pese a todo, la Protesta (por común acuerdo opositor) fue convocada por el CNT, *lográndose el mayor arco de convocatoria* desde el inicio de las Jornadas, puesto que a ella adhirieron el MDP, la AD, la Metropolitana de Pobladores, MEMCH-83, la Agrupación de Familiares Afectados por la Represión, organizaciones juveniles (JS, JJ, CC, JDC) y estudiantiles (FECH), a los que se sumaron los transportistas y el comercio minorista, quebrándose el frente autoritario. Ante el reto el gobierno decretó el Estado de emergencia, estableció el toque de queda, censuró publicaciones (Hoy, Análisis, Cauce y Apsi), requirió el tabloide Fortín

Mapocho, detuvo y relegó a dirigentes poblacionales, trasladó tropas de provincia a la capital, dividió las ciudades en función de operaciones bélicas y utilizó profusamente las técnicas de la guerra psicológica, creando a través del rumor confusión y amedrentamiento.

Sin embargo, nada pudo aminorar el impacto de la séptima JPN. Por doquier se realizaron manifestaciones, en universidades, poblaciones, ante los Tribunales de Justicia, en la vía pública, etc. En la mañana el ausentismo escolar alcanzó el 90%, percibiéndose desde tempranas horas una notoria disminución de la locomoción colectiva, completamente paralizada en la tarde; por su parte, el comercio también cerró en forma parcial en la mañana y totalmente a mediodía. En diversas industrias hubo paralizaciones laborales, inasistencia a los casinos y fin de jornada de acuerdo con la parte patronal. Al anochecer se inició el «caceroleo», acompañado de fogatas y barricadas con transgresiones masivas al toque de queda. La sociedad civil se manifestó. Los sectores medios serían los más estridentes, especialmente los de Providencia, la Reina y Ñuñoa en Santiago. En tanto, los sectores medios bajos levantaban barricadas, predominando en las poblaciones obreras y marginales acciones de resistencia como el oscurecimiento (medida de auto-defensa) y barricadas-fogatas, surgiendo acciones de sabotaje masivas y selectivas con utilización de armamento liviano y operaciones de pequeños grupos combativos en ciudad caracterizados por una relativa coordinación. Actos ante lo cuales la respuesta no se hizo esperar: allanamientos, baleos, amenazas, bombas lacrimógenas, detenciones, muerte y desolación.

La séptima JPN tuvo enormes repercusiones, fue el movimiento social más amplio, involucró al sindicalismo, a movimientos de mujeres, a federaciones estudiantiles, a comerciantes, a asociaciones afectadas por la represión, a pobladores, comerciantes, transportistas, colegios profesionales, maestros, docentes, etc. La

nueva Jornada abarcó también a una mayor cantidad de sectores políticos, integró tanto a la AD como al MDP, es decir desde la Derecha Republicana hasta el MIR, las expresiones más encontradas del en ese entonces espectro político. También, debe constatar que la séptima protesta involucró a un mayor número de clases, fracciones y grupos sociales sumándose nuevos sectores socio-económicos como la pequeña burguesía (tanto propietaria como no propietaria), capas de la burguesía comercial, agraria e industrial, robusteciendo al movimiento democrático en general, hecho de enorme trascendencia pues contribuyó al aislamiento gubernamental, reduciéndola a su propio campo: las fuerzas armadas, el componente tecnocrático-empresarial, el capital financiero, además de grupos-apoyo fragmentados (22).

El resquebrajamiento en el bloque-apoyo social brindó la apariencia de haber afectado las alturas del poder político, interpretándose como un contrapunto la fórmula militar-represiva del capitán general y la opción civil-represiva del ministro del interior, en circunstancias que A. Pinochet estaba explorando las dos fórmulas, llegando incluso a plantearse la posibilidad del «auto golpe», habilitando estadios para atender prisioneros (Santa Rosa de Las Condes, Recoleta), trasladando tropas a las principales ciudades, cursando órdenes de captura y voces de combate, previendo la eliminación, el relegamiento, el encarcelamiento, el exilio forzoso y la eliminación física de disidentes, en total unas 2.000 personas. Al mismo tiempo el ministro del interior ejecutaba la otra parte de la maniobra. Tras el atemorizamiento con la imagen del autogolpe, se concentró en la tarea de abrir un nuevo diálogo con la AD, sobre la base de la Constitución de 1980 y la exclusión del MDP. Pero, lamentablemente, para el capitán general no estaban dadas las condiciones para llevar a cabo el primer plan de «pacificación», lo impidió el alto grado de movilización y la reacción internacional, incluso la Casa Blanca se vio forzada a enviar apresura-

damente al Subsecretario Adjunto para Asuntos Interamericanos con el fin de paralizar la ofensiva «manu militari» (23).

Para el movimiento democrático-popular la JPN del 27 de marzo *estratégicamente* marcó el surgimiento de formas de rebeldía activa de carácter pre-guerrillero e insurreccional, *complementándose* con la estrategia de no-violencia. Ambas estrategias entraban en *estado de equilibrio*, ensombrecido por el espontaneísmo de sectores populares que continuaban superando y sobrepasando la acción de los partidos políticos. Desde el momento en que se produjo una *paralización sin paro* era evidente el nivel que alcanzaba el conflicto; pero, las fuerzas democráticas aún mostraban carencias e imprecisiones en la formulación de estrategias, vacío que paradójicamente dejaba espacio para la confluencia, para la unidad de acción, porque tanto la AD como el MDP desconocían la Constitución de 1980, exigían gobierno provisional, llamaban a una constituyente y rechazaban la presencia de A. Pinochet, además ambas fuerzas necesitaban construir fuerza político-social, pero, mientras una conducía a la renuncia (AD), la otra proclamaba al derrocamiento (MDP)... por lo que al parecer ningún estratega se había preguntado... ¿existía fuerza político-social para la exigir la renuncia? ... ¿existía fuerza político-militar para el derrocamiento?..

A principios de 1984 continuaba la búsqueda del paro nacional, empresa que costó a los trabajadores del PEM/POJH la cancelación del proyecto. El fracaso del diálogo también tuvo repercusiones, la AD se concentró en la realización de actos públicos de carácter auto-afirmativo para legitimar su proyecto ante el avance del MDP, equilibrio que condujo a la fundación del Consejo de Confederaciones, Federaciones y Sindicatos Nacionales (CONFASIN), cuya primera resolución fue llamar a una nueva JPN (27, marzo, 1984). Mientras tanto, en el extremo austral, ante una visita del capitán general, se había escenificado el «puntarenazo» (24), mo-

vilización que mostró el descuelgue de sectores oficialistas llamados por el costo de la política económica. En Concepción se inmolaba Sebastián Acevedo para protestar por la detención de sus hijos por los servicios de seguridad. En la capital eran allanadas docenas de poblaciones, transformándose las rondas en lugares de reclusión. A todo esto continuaban reapareciendo los partidos políticos, ahora le tocaban el turno al PDC y al PS. Uno a otro se repetían las manifestaciones, los actos de sabotajes eran cada vez más sofisticados... irrumpía en la escena la organización para-militar: FPMP, Milicianos, MPA/ Destacamentos 5 de Abril, brazos armados del PC, MIR y PS, respectivamente... un fantasma recorría Chile... luego, tras embravecidas y multitudinarias manifestaciones, con ocasión del Día Internacional de la Mujer (8, marzo), el autoritarismo impuso el toque de queda. Era el preludio de la octava JPN.

La principal característica de la octava Jornada fue la *paralización sin Paro*. ¡Por fin el Paro Total!. Pero, al mismo tiempo gran paradoja puesto que no coincidía con el tipo de convocatoria. Una vez más fueron rebasados los movimientos sociales y los partidos políticos. De hecho, la AD sólo se sumó a último momento, cuando el MDP guardó silencio para evitar la desmovilización. En fin, la paralización sin Paro se logró por la adhesión de la Confederación del Comercio Detallista y el Gremio del Rodado, de manera que el cierre del comercio y la paralización del transporte público transformó a las ciudades chilenas en pueblos fantasmas, remecidos por el fragor de las manifestaciones que se concentraron en los barrios cívicos, en poblaciones y universidades, donde el aire cruzado por la consigna pronto se fundió con el tronar del sabotaje a escala, traducido en atentados al tendido eléctrico, a líneas férreas a patrullas militares... en la coyuntura se produjeron los primeros enfrentamientos característicos de la lucha en ciudades, siendo tal la preocupación del poder central que el propio capitán general, sobrevolando Santiago y Valparaíso, comprobó en terreno la gravedad

de la situación. En suma; el gobierno decidió cerrar toda posibilidad a la transición fijando el plazo en 1989, la AD persistiría en el diálogo con presión-de-masas como vía para la transición negociada, y la izquierda pasaba a presionar en la perspectiva de la ruptura y construcción simultánea del sujeto histórico.

Los días post-protesta fueron un torbellino (29). El 1° de mayo (25), al llamado de la AD, 250.000 personas, se concentraron en el parque O'Higgins, manifestación que al atardecer pasó a manos de una izquierda ya abiertamente insurreccional. Día tras día las Comunidades Cristianas Populares escenificaban el Vía Crucis de los detenidos-desaparecidos, los mineros de El Teniente iniciaban huelgas de hambre y la propaganda armada se extendía afectando al Metro, el Mercurio y TVN, comenzando a proliferar las primeras emboscadas, especialmente a buses de carabineros y asaltos a supermercados. Por su parte, el autoritarismo tomó medidas asegurando el frente interno con un cambio de gabinete con la misión de producir cambios económicos e impedir que continuara fragmentándose el bloque dominante, a continuación expulsó del país a diplomáticos franceses y al presidente del MDP (Jaime Inzunza), para luego cancelar el diálogo, sin oportunidad de contrarreplica, al aplicar una severa censura a los medios informativos, arremetiendo finalmente contra la Iglesia por su «parcialidad contra el gobierno». Así se inició una nueva JPN (11, mayo, 1984), esta vez convocada por el CNT y apoyada por la AD/MDP para mantener la movilización. Jornada que demostró: que los sectores medios comenzaban a descolgarse esperanzados en los cambios económicos que prometía el nuevo gabinete, que el centro persistiría, como lo señaló el Gran Acuerdo Nacional para el retorno a la democracia, en la perspectiva de transformar a la ciudadanía en masa-de-presión para negociar la transición pactada, que la izquierda presionaba transformando el clamor libertario en una política de exclusivo carácter popular, restringiendo el frente de alianzas y que en amplios sectores comenzaba

a experimentarse un *sentimiento de instrumentalización* por parte de la AD/MDP.

Posteriormente al 11 de mayo continuarían las Marchas del Hambre, la desobediencia civil, las Asambleas Populares, las Jornadas por la Vida y los Paros Comunales acompañados del crepitar de explosiones y disparos de armamento liviano... la ciudadanía ya convivía con apagones a nivel nacional, asaltos a supermercados, atentados explosivos y emboscadas. El régimen respondía con violencia y política, mientras reprimía al MDP y a los aparatos paramilitares, intentaba aislarlos invitando al diálogo. Mientras tanto la oposición seguía atrapada, la AD insistiendo en el veto al MDP comenzaría a explorar la alianza con la derecha, alejando ipso facto la posibilidad de una «salida a la crisis nacional». El CNT (dominado por el PDC) intentaría romper el impasse llamando a una Mesa de Concertación. Nuevo Fracaso. El CONFESIN haría un nuevo intento llamando a un Paro. Fracaso Estrepitoso. No estaban dadas las condiciones para una salida con exclusión de las fuerzas de izquierda, de manera que finalmente no quedaría otro camino que la reposición de la Protesta. Como señalaría una fuente de la época, ... «sólo por la vía de la movilización se puede avanzar en mayores entendimientos». Movilización que se expresó en una nueva JPN (4,5, septiembre, 1984). Esta vez convocó el Comando Nacional de Protesta, una de las tantas organizaciones de fachada ante la incapacidad de AD/MDP de ponerse de acuerdo. Era la salida intermedia.

Bajo la consigna, «Sin protesta, no hay cambios», el día 4 sería de protesta, el 5 de paralización (26). Por primera vez resultaría el llamado al Paro-Protesta, cuyo prelude había resultado particularmente violento, porque mientras la iglesia celebraba las Jornadas por la Vida (9, agosto), 10 chilenos fueron abatidos en diversos puntos del país, sin razón ante la cual los propios obispos exigieron clarificar los excesos, siendo la respuesta la amenaza de un «nuevo 11 de septiembre». Seguía rondando el

fantasma del auto-golpe. El espiral de violencia aumentaría hora tras hora hasta alcanzar su climax con el asesinato del sacerdote francés André Jarlán (27) durante un allanamiento-asalto a la población La Victoria. Pero, pese a la descarga represiva la JPN continuó su curso, a las acciones del primer día propias de la no-violencia, se superpusieron acciones de carácter para-militar con acompañamiento masivo de población civil. En fin, la Protesta repuso la movilización demostrando que el régimen amenazaba con el auto-golpe para obligar al respeto de los plazos institucionales, que la izquierda continuaba presionando a través de operaciones tácticas en la perspectiva de la ruptura pero sin claridad estratégica y que el sector mayoritario de la AD intentaba separarse del MDP y reabrir el diálogo.

Mientras tanto se impuso el toque de queda y las relegaciones... pero, también cundía el desánimo ante el creciente desencuentro AD/MDP, porque mientras la ciudadanía en general pagaba un alto costo en las manifestaciones la AD/MDP no lograban ponerse acuerdo. Y, mientras esto ocurría era dinamitada una iglesia en Punta Arenas (acción con resultado de muerte para el militar a cargo), una a otras eran disueltas las romerías al cementerio Santa Inés en Valparaíso, lugar del panteón de Salvador Allende, convertido a estas alturas en santuario de homenaje al ícono popular, los liceanos también protestaban cundiendo las tomas de liceos, agregándose la quema de locales del POJH y múltiples atentados de mayor envergadura que afectaron los suministros de agua potable y energía eléctrica... cundía la zozobra. Empero, el proceso de diferenciación interior de la oposición se agravaría aún más cuando ante el llamado del CNT/CONFASIN a una nueva Jornada de Protesta Nacional (29,30, octubre, 1984), la AD sólo solidarizó, mientras el MDP manifestaba su adherencia. Ahora bien, pese a la división opositora era perceptible una *situación de ingobernabilidad*, el gobierno estaba siendo rebasado y sólo atinaba recurrir al estado de sitio, a la relegación, a la tortura, a la coersión pura

... estaba en ciernes una crisis nacional con una oposición incapaz de implementar una estrategia unitaria.

Meses más tarde, las desavenencias, la frustración y la desconfianza precipitaron al primer fracaso de la protesta, cuando la AD intentó por sí sola convocar a una nueva JPN (27, 28, noviembre, 1984). Bastó con que el MDP ignorase la convocatoria y la jornada fracasó. Fortalecido temporalmente el autoritarismo impuso el Estado de sitio (noviembre-marzo 1985), «pacificando» el país por la vía militar, momento elegido para un cambio de gabinete, caracterizado por el desplazamiento del nacionalismo extremo, por una nueva élite integrista sin peso político (28), con la misión de iniciar la *transición institucional*. Ante la gravedad de la situación el MDP convocó a una nueva JPN (27, marzo, 1985) que abortó no sólo por el copamiento militar, sino por el descuelgue (ahora) de la AD. En otras palabras, AD/MDP se anulaban recíprocamente... mientras tanto los movimientos sociales seguían expresando su rebeldía, recuperando la FECH para los estudiantes, congregando a los artistas e intelectuales en las Jornadas de Movilización Cultural y movilizándolo a la Asociación de Deudores Hipotecarios afectados por los dividendos habitacionales; mientras tanto, aparecía una nueva forma de homenaje a los humillados: el velatón (29). Desde un punto de vista *estratégico-político*: se había establecido un equilibrio que anulaba tanto a la AD como al MDP si no establecían relaciones de cooperación, el gobierno mantenía los límites y plazos de su proceso de institucionalización, iniciando la *transición institucional*. Finalmente, dada la permanencia del conflicto entre los partidos políticos, los movimientos sociales iniciaron un proceso de *re-autonomización*, fórmula de repudio (además) a la instrumentalización de los partidos.

La confrontación por la recuperación democrática se estancaba por la incapacidad de los partidos políticos para encontrar una salida a la crisis nacional. De manera que, luego del

fracaso sucesivo de dos JPN, serían nuevamente los movimientos sociales quienes superaron el impasse. En efecto, desde agosto se incrementaron las demandas sectoriales; así, la Coordinadora de Pobladores demandaría seguridad para el diario vivir, la CONAFECH llamaría a la ingobernabilidad estudiantil, el MEMCH exigiría respeto por la vida, los Comités de DD.HH., clamarían por el paradero de los detenidos-desaparecidos, etc. La paralización de la Protesta por la competencia AD/MDP estaba siendo contrarrestada por la nueva *irrupción política* de los movimientos sociales, los que a través del CNT convocaron a una «Jornada de Movilización Social por la Democracia» para el 4 de septiembre recordando, «que en esa fecha todos los chilenos democráticamente decidían quién regiría los destinos del país» (30). A continuación sobrevino el nuevo acto del drama, cuyas características fueron la masividad popular y la incorporación mesocrática, esta última lograda a través de la participación del Gremio del Transporte, la Confederación de la Producción Agrícola, la Confederación Gremial Unida de la Pequeña y Mediana Industria y la Confederación del Comercio Detallista. En suma, tras la nueva JPN los sectores democráticos recuperaron el estado de ánimo que había animado las Jornadas anteriores. Prueba de ello sería la convocatoria a una nueva JPN (4, 5, noviembre, 1985) en respuesta a la detención de algunos líderes sociales. Pero, eso no fue todo, porque sobre la marcha se llamó a una concentración opositora para el 21 de noviembre, acto al que concurren medio millón de personas, gratificante experiencia para el nuevo organismo que emergió de la coyuntura: la Asamblea de la Civilidad.

Los movimientos sociales durante seis meses *repusieron* la Protesta y profundizaron, por la vía de la movilización permanente, el conflicto político y social, el cuestionamiento al régimen era global, la concentración del 21 de noviembre había demostrado que los movimientos sociales generaban *masividad* en la convocatoria, *consenso* en la exigencia demo-

crática y *compatibilidad* en el empleo de todas las formas de lucha, de manera que el país ingresaba en un estado de efervescencia pre-insurreccional, ante el cual las fuerzas involucradas sacaban sus conclusiones. El gobierno, con el cambio de gabinete, preparaba la transición institucional, asegurándola a través de dos vías: a) la represión selectiva (secuestros, flagelamientos y destrucción del «enemigo infame» (31), y b) el terror masivo (copamiento de calles y poblaciones, allanamientos, censura y empleo de la Unidad Fundamental Antiterrorista -UFA- unidades operativas adaptadas de la guerra en ciudad al enfrentamiento con la guerrilla urbana)

El centro político, fortalecido por la alianza lograda con la firma del Gran Acuerdo Nacional para la transición a la plena democracia, persistiría en una salida negociada. De las demandas globales (no a Pinochet, no a la Constitución, Constituyente, Plebiscito y Renuncia), había rebajado sus expectativas a un encuentro de personalidades civiles y militares para dirigir la transición. Finalmente, con el ánimo de negociación, paulatinamente iría cundiendo la idea de reconocer la Constitución de 1980 para ensayar *desde adentro* su transformación, lo que *transformaría* la Protesta en base electoral para una transición institucional. Es el momento de decisiones estratégicas, porque la izquierda, no sin divisiones internas, acumulaba sobre la marcha fuerzas «en caliente», internando recursos humanos y medios. Comunistas/FPMR, socialista/MPA/Dest. 5 de Abril y miristas/milicianos se preparaban para el enfrentamiento, considerando la Protesta como una escuela de aprendizaje, en que al copamiento de calles y poblaciones se respondía con la barricada, al allanamiento con caza-bobos, al armamento convencional con armamento casero, al desplazamiento de unidades moto-mecanizadas con minas «vietnamitas», a la clausura de medios de comunicación con radios clandestinas y a la UFA con micro-grupos operativos. El equilibrio se tornaba catástrfico. Así llegamos a un 1° de mayo extraordinariamente violento. Luego, vendría la

Demanda de Chile (32), donde los movimientos sociales repetirían las exigencias libertarias, para finalmente convocar, en medio de un clima abiertamente pre-insurreccional, a una nueva JPN (2,3, julio, 1986).

Como se ha podido apreciar, las JPN constituyeron momentos de explosión social, fueron el desate de las pasiones tras largos períodos de permanentes enfrentamientos, tanto pacíficos como violentos. Fueron la respuesta a la estrategia-militar con que actuaba el régimen con el objetivo de infundir Miedo. La Protesta constituía una catarsis colectiva tras semanas de enfrentamiento. La nueva JPN no fue una excepción; ya con ocasión del 1° de mayo, ante la denegación de la autoridad para realizar una concentración, se produjeron batallas campales con opositores que decidieron copar la calle, enfrentándose con fuerzas policiales acompañadas de «gurkas». Mayo fue un mes tenso. Culminó con una pacífica manifestación, en la que miles de personas se dieron cita en el barrio cívico santiaguino para «chutear» pelotas con letreros alusivos a la recuperación democrática. En la tarde, por primera vez en trece años los estudiantes se tomaban la casa central de la Universidad de Chile. Mientras tanto eran detenidos, incomunicados y flagelados 13 conscriptos de fuerzas especiales por corear consignas contra el capitán general. La protesta de julio se preveía violenta.

Pero, el desencanto en la oposición seguía impidiendo la constitución de una *fuerza estratégica* que pusiera en peligro al régimen. Este jugaba al desgaste opositor y sometía a la población a la guerra psicológica para quebrantar su estado de ánimo. La *represión selectiva* se expandía, a los muertos y heridos que provocaban los disparos desde autos polarizados, se sumó la aparición de cuerpos destrozados por explosiones dinamiteras (L. Castillo, P. Crocco), simultáneamente decenas de jóvenes, líderes en sus comunidades, eran golpeados o amedrentados. La *represión masiva* la sufrían los pobla-

dores con allanamientos prolongados y la ciudadanía –en general– con el vuelo rasante de helicópteros. Las ciudades habían sido militarizadas. La espera era tensa. Profundizándose la tensión a partir de las tres de la mañana con allanamientos a poblaciones, donde las fuerza de seguridad se encontraron con que los pobladores, «cavaban zanjas, se hacían trincheras, se preparaban fogatas» (33), al unísono y luego de un allanamiento en la calle Mamiña 150, en el sector sur de la capital, tres presuntos miembros del FPMR eran aniquilados. Si el Terror produce paralización, la faena estaba cumplida, de manera que confiadamente el ministro de defensa podía declarar 24 horas antes de la JPN... «no creemos que vaya a ser un paro general» (34).

Sin embargo, la paralización fue total. Sorprendiendo, incluso, a los convocantes. De nada sirvió el Bando N° 46 de la Jefatura de Zona en Estado de Emergencia suspendiendo los servicios informativos, ni el descabezamiento de la dirigencia de la Asamblea de la Civilidad requeridos por el Ministerio del Interior, porque finalmente paralizó el 90% de los trabajadores, entre ellos el 80% de los textiles, el 85% del cuero y calzado, el 95% del comercio detallista, el 80% de los médicos, el 80% de los profesores, el 70% de la locomoción colectiva y el 80% de los escolares. Además, el Paro había concitado el 60% de apoyo en Arica, el 80% en Antofagasta, el 90% en Valparaíso y el 100% en Punta Arenas y Temuco (35).

Todo un éxito, si se toma en cuenta la virulencia de los enfrentamientos, porque mientras miles de ciudadanos protestaban en los barrios cívicos, se producían vuelos rasantes de helicópteros, baleos y acciones que culminaron incluso con dos manifestantes quemados vivos por parte de una patrulla militar (C.G. Quintana y R. Rojas Denegri). Ante lo cual la contra-respuesta no se hizo esperar expresándose a través del derribo de 12 torres de alta tensión (FPMR), proclamas en radios clandestinas (PS/SA) y 50 atentados explosivos que estreme-

cieron al país. Incluso las implemencias del tiempo agregaron una nota trágica por cuanto Santiago llevaba tres días sin consumo de agua potable, cortada por la fuerza de los temporales.

La nueva JPN, «incorporó masivamente a los sectores profesionales y a la clase media (una diferencia ostensible respecto de otros paros)» (36), de manera que el frente anti-gubernamental continuaba, sin duda alguna, en expansión. Pero, era evidente que las estrategias políticas se encontraban en estado de «equilibrio catastrófico», comenzando a prevalecer opciones derechizantes en la AD y anti-sistémicas en el MDP; simultáneamente se fisuraba el bloque en el poder, porque mientras A. Pinochet declaraba enfáticamente que la Constitución no sería modificada, el almirante J.T. Merino era «partícipe de hacer ciertas correcciones», quedando demostrado que la convocatoria proveniente de los movimientos sociales era de una amplitud superior a la de los partidos y que por esa vía podía construirse la fuerza social capaz de enfrentar el desafío del derrocamiento... pero, flotaba en el ambiente una sensación de incapacidad para encontrar una estrategia política que dispusiera de la fuerza, el tiempo y los espacios logrados. Así, culminó una nueva JPN. Pero; ahora, el tiempo comenzaba a conspirar en contra del ideal democrático... los discensos se habían convertido en una barrera.

Empero, las barreras abruptamente quedaron eliminadas al ensayarse *uni lateralmente* la estrategia del PC/FPMR. En efecto, el PC/FPMR acicateado por transformar 1986 en el «Año Decisivo» ejecutó dos operaciones que al fracasar trasladaron la iniciativa política al autoritarismo. La primera fue la internación de armas por Carrizal Bajo (37), en la III región, donde en minas y socavones abandonados («Palo Negro», «Aurora», «Cerro Blanco», «El Túnel» y «Rosario») fueron almacenadas alrededor de 70 toneladas de armamento. El 23 de mayo se había realizado el primer trasbordo de material cubano a los pesquero «Astrid» y «Chompalhue». Dos meses

más tarde se realizaron otros dos traslados»... pero, el desenlace sería distinto, porque los servicios de inteligencia norteamericanos (vía satelital) detectaron la operación y pasaron la información a los organismos pertinentes chilenos. Acto seguido, el 11 de agosto, DINACOS (Dirección Nacional de Comunicaciones) anunciaba el descubrimiento de los arsenales poniéndose en ejecución una estrategia de desarticulación total de la ofensiva opositora. De manera que, en el marco de la reposición de la estrategia del Terror de Estado, las embajadas extranjeras fueron sometidas a espionaje, el 6 de agosto sucumbiría asesinado un líder estudiantil (Mario Martínez) y el país sería cubierto por charlas de expertos en «terrorismo», volviendo a imperar la censura. Se reinstauraba el Terror.

En suma; la oposición experimentó un severo retroceso atemorizada ante un previsible desbordamiento militar, ni siquiera la liberación, tras 40 días de detención, de los dirigentes de la Asamblea de la Civilidad podría reponer la masividad de la Protesta, tampoco operaciones como el secuestro del coronel Mario Haerberle (FPMR) pudieron sacar del reflujó al movimiento anti-dictatorial. Por el contrario una segunda operación fallida, la «Operación Siglo XX», terminó por cerrar el camino a todas las estrategias en juego. Se trató del fallido atentado perpetrado contra A. Pinochet el 7 de septiembre de 1986, quién a pocas horas de los sucesos declaraba que «el terrorismo es serio, es más grave de lo que están hablando. Así que ya es bueno que los señores políticos se den cuenta de que estamos en una guerra» (38). Siete horas después, se iniciaba una parafernalia que comenzó con profusos llamados en clave por radio y televisión...

«Se cita a reunión a Deportivo Colina. Alerta Rojo».

Cundía la alarma entre los opositores y no sin razón. Porque, en horas de la madrugada eran asesinados José Carrasco, Abraham Muskatblit, Gastón Vidauzárraga y Felipe Rive-

ra, también eran detenidos 44 dirigentes tanto del MDP como de la AD, poco después fueron expulsados del país tres sacerdotes franceses, entre ellos Pierre Dubois, el párraco de La Victoria, población que debió soportar, además, un largo y prolongado allanamiento junto a sus homónimas Elías Gonel, Santa Julia, Santa Olga, José María Caro... al mismo tiempo fueron requisados Apsi, Fortín Mapocho, Cause y Análisis; en tanto, la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile fue baleada por patrullas de soldados que habían copado todas las arterias de las principales ciudades del país aprovechando la imposición del Estado de Sitio. No era todo. Porque inmediatamente después del atentado A. Pinochet abrió la campaña para su proyección, despejando escollos al interior del ejército llamando a retiro a los generales G. Frenzy y L. Danus (contrarios a la privatización del cobre), removiendo al general J. Canessa (factor de tensiones en la Junta), reemplazándolo por el general H. Gordon para recomponer las deterioradas relaciones intra-militares, implementar la estrategia conducente al Plebiscito de 1988, asegurar la transición institucional e imponer el proyecto de mantención en el poder.

En este nuevo contexto histórico era impensable una nueva JNP, como efectivamente sucedió al fracasar el llamado a una nueva Jornada los primeros días de Septiembre de 1986. Se impuso la ofensiva militar, interrumpiendo abruptamente el proceso desencadenado en 1983. Estamos frente a un cambio de escenario político favorable a una transición institucional ya iniciada, por lo demás. De manera que todos los esfuerzos alternativos puestos en práctica durante los próximos dos años serían vanos. Las esperanzas democráticas habrían de esperar hasta una nueva coyuntura.

IV) El resultado.- A partir del mes de septiembre de 1986 se perfilaron cambios tanto coyunturales como estructurales. Entre los primeros nos limitaremos a mencionar los siguientes: a) terminó derrotada la primera ofensiva democrática-popular, b) el autoritarismo pasó a

imponer sus dictados, c) ante la posibilidad de expansión del conflicto armado la Casa Blanca apoyó la transición institucional, d) en la democracia cristiana se produjo el desplazamiento de G. Valdés por P. Aylwin configurándose una nueva constelación interna, y e) finalmente, el giro de los representantes de Clodomiro Almeyda en Chile condujo al colapso del MDP, terminó con tres décadas de alianza PC/PS y perfiló la unificación del socialismo.

Desde una perspectiva estructural en la coyuntura se delinearón algunos rasgos que habrían de caracterizar posteriormente la evolución nacional, a saber: cambió la correlación de fuerzas. La izquierda pagaba el precio de la mantención «paralera» de tres estrategias; a saber: la de guerra popular y prolongada (MIR), la de rebelión popular (PC/FPMR) y la perspectiva insurreccional (PS). Ninguna había logrado definir plenamente sus modalidades de aplicación, diferenciándose además en un aspecto sustancial, mientras la perspectiva insurreccional socialista apelaba a un levantamiento desarmado con el objetivo de reponer la democracia, las estrategias del MIR y del PC/FPMR apuntaban más bien al cambio sistémico. El resultado final sería la quiebra del MDP. Por su parte, tampoco la AD había definido una estrategia coherente. El maximalismo de la primera hora (No a Pinochet, Constituyente...) fundamentado en la no-violencia activa había pretendido beneficiarse de las movilizaciones desencadenadas por las estrategias rupturistas, pero terminó paralizándose y entregando terreno a la izquierda en la medida que fracasó el diálogo. El resultado final sería un cambio profundo en la DC (G. Valdés x P. Aylwin) y la aparición de una idea-fuerza: la integración a la oferta gubernamental de transición para ensayar el cambio «desde dentro». Era el fin de la estrategia de ruptura pactada. En otras palabras, *todas las estrategias opositoras fueron doblegadas, imponiéndose el diseño ofrecido por los militares: la transición institucional.*

Los dos años siguientes, a pesar de grandes esfuerzos por reponer la disidencia masiva,

fueron prácticamente años de inmovilización para los partidos políticos. Entanto los movimientos sociales languidecían. Pero, el congelamiento social comenzó a experimentar un deshielo producto de una delicada operación política puesta en marcha con el ingreso clandestino de Clodomiro Almeyda (marzo, 1987). El objetivo central de tan osada maniobra era romper con el inmovilismo para lo cual se buscó el entendimiento con la DC. De manera que prontamente, en la Junta Nacional del PDC, en agosto de 1987, Patricio Aylwin logró presentar un programa político que teniendo como eje la alianza DC-PS, proponía la fundación de la nueva fuerza política que habría de enfrentar al autoritarismo en las elecciones de 1988: la Concertación de Partidos por la Democracia. En suma; la derrota y el realismo político condujeron a un escenario inexplorado como era la competencia desde dentro del sistema autoritario. Se trataba de incursionar por la transición institucional, para muchos - la mayoría - aún confundida con la ruptura pactada.

La idea de maniobra contempló el rápido desmantelamiento del Poder militar a través del Programa de Gobierno de la Concertación. Pero, las líneas de defensa de los militares, las vacilaciones concertacionistas, la inexperiencia parlamentaria, el desconocimiento del nuevo escenario político y la rápida legitimación de la derecha, culminó con una transición institucional culminada en 1998 con A. Pinochet instalado en el senado de la República. Transición que apoyada en los denominados «enclaves autoritarios» permitió una serie de transformaciones que cambiaron la fisonomía nacional; a saber: a) apareció un híbrido estatal, una nueva forma de Estado, a medio camino entre el Estado de excepción y el Estado democrático (el Estado-capturado), b) cuyo fundamento recide en la mantención del modelo económico anterior, c) administrado por una nueva clase política ligada a la práctica del consenso. Fenómenos acompañados por la pérdida de capacidad teórico-crítica de los sectores derrotados por la transición institucional y por la evaporación del esta-

do de ánimo democrático-participativo.

La transformación de los actores de las Jornadas Nacionales de Protesta en masa-de-maniobra electoral tuvo insospechadas consecuencias, las deudas políticas y sociales impagas, la irresolución del drama de los derechos humanos y la explosión libre-mercadista trajó modificaciones sustantivas. La deuda política (participación, revolución de expectativas) tomó la forma nihilismo colectivo y rechazo ante el partido político, el cual mantiene generosos caudales electorales no por eficiencia orgánica y propuesta, sino gracias al marketing. La deuda social ha configurado a la nación como uno de los Estados con ma-

yores diferencias sociales a nivel universal, acrecentándose la diferencia entre ricos y pobres, al extremo que se postula que la brecha podría cerrarse recién en 30 años más. Por último la explosión libre-mercadista elevó la arrogancia a nivel de «modo de ser», relegando la tradicional sobriedad chilena en beneficio del ostentamiento de los nuevos ángeles tutelares del Dios-mercado. En suma; cunde la insatisfacción.

Finalmente, debo señalar que estas tendencias han sido posibles gracias a la amnesia historicista, al *olvido inducido*, siendo la historiografía del tiempo presente el antídoto para evitar la evaporación de la historia (39). XXI

NOTAS

- 1 Mario E. Carranza. Fuerzas Armadas y Estado de Excepción en América Latina. Siglo XX, 1978.
- 2 Patricio Quiroga. El movimiento social en Chile. Balance de un año (1983-1984) En: Araucano Nº1, julio. Santiago, 1984. Consultar también, M. Garcés, G. de la Maza. La explosión de las mayorías. Protesta Nacional. 1983-1984, ECO. Santiago, 1985.
- 3 Robinson Pérez. El dilema del PDC. En: Cuadernos de Orientación Nº1, abril. Berlín, 1980.
- 4 Josep Fontana. Historia. Análisis del pasado y proyecto social. Crítica, Grijalbo. Barcelona, 1982.
- 5 Sergio Flores. Algunas reflexiones sobre el tiempo del historiador. Noción de su presente. En: Notas históricas y geográficas Nº3. Universidad de Playa Ancha, 1993. Pág. , 213.
6) Peter Burke. Historia de los acontecimientos y nacimiento de la narración (cap.11). En: Formas de hacer historia. Alianza, 1994.
- 7 E.P. Thompson. Miseria de la teoría. Grijalbo, Barcelona. 1984.
- 8 En general el análisis sobre la Protesta ha realzado el rol de la crisis económica. Son los casos de, «La explosión de las mayorías» (1985), de Garcés y de la Maza; y del texto, «1983-1986. La unidad frustrada» (colectivo de autores). Santiago, 1988.
- 9 La DC se mostró esceptica ante las posibilidades de un paro nacional. Incluso, en la coyuntura, un sector presionó a la CTC para suspender el paro y reemplazarlo por una protesta nacional que sería reiterada el día 11 de cada mes.
- 10 También llamada Multipartidaria. Tanto el Proden como la Multipartidaria fueron posibles por un cierto relajamiento acompañado de incapacidad del gobierno militar, sorprendido por los acontecimientos políticos. No estaban preparados luego de haber quebrantado a sucesivas direcciones políticas, especialmente de la izquierda.
- 11 E. Lira, M.I. Castillo. Psicología de la amenaza política y del Miedo. CESOC. Santiago, 1991.
- 12 Véase el Documento: Constitución de la Alianza Democrática (AD). Santiago, 22.08.1983.
- 13 Algunos días más tarde A. Pinochet señalaría ... « No se debe hablar de transición sino de normalización. Dicho de otra manera, el cambio emprendido no conduce a la antigua democracia, que está definitivamente terminada». Interviu, Madrid, 24.08.1983.
- 14 El concepto auto-defensa debe entenderse como el arte de la auto-protección, colectiva y personal frente a una fuerza infinitamente superior. No tiene características de ofensiva o político-militar, sino de sobrevivencia en el enfrentamiento entre fuerzas dispares.
- 15 Véase el Documento. Bases del diálogo para un gran encuentro nacional. Santiago, 23.08.1983.
- 16 Revista Hoy Nº 318, 1983.
- 17 Revista Hoy Nº 319, 1983.
- 18 Véase el Documento: Manifiesto del Movimiento Democrático Popular (MDP). Septiembre, 1983.
- 19 Las sucesivas demostraciones, el clima general de fronda democrática llegaron a dar la sensación del inminente colapso del régimen. En el exterior se hablaba de la «inminente caída de Pinochet». Consúltese, El Diario, (España) 11.09, 1983; también, El Atlante (México) Nº12.
- 20 Revista Causa Nº , 1984.
- 21 Véase el Documento: Informe elaborado por el Departamento de Estado norteamericano sobre la realidad chilena. 1983.
- 22 Las JNP, evidentemente, terminaron por requebrajar el bloque dominante. De hecho desde 1976 había desaparecido el antiguo bloque político (CODE), tampoco quedaba nada del bloque social con la ruptura de la burguesía industrial y ahora de transportistas, comerciantes y burócratas. Por otra parte solamente cuatro grupos políticos aceptaban la invitación de A. Pinochet para construir la fuerza-

- apoyo al régimen: el Movimiento de Unión Nacional, la Democracia Radical, el Movimiento Social Cristiano y los Talleres Socialistas Democráticos. Véase, *El País*, 2.09.1984.
- 23 *Revista Hoy* N° 348, 1984.
- 24 *Revista Hoy* N° 348 y 349, 1984.
- 25 *Revista Hoy* N° 354, 1984.
- 26 *Revista Hoy* N° 372, 1984.
- 27 *Revista Apsi* N° 152, 1984.
- 28 Con esta maniobra A. Pinochet comenzó la transición institucional. Agudos observadores internacionales señalaban... »la idea de que sea el propio Pinochet el que presida una transición hacia una democracia en Chile no parece demasiado inverosímil. Hay sin embargo, tres grupos que están obrando en ese sentido. El primero tiene su centro motor en la propia política norteamericana... el segundo grupo es el de esta oposición moderada, formada principalmente por quienes cerraron política y económicamente contra el régimen de Allende... el tercero es el propio régimen que trata de perpetuarse como clase y como fuerza capaz de evitar todo tipo de represalias, incluyendo la conservación de los privilegios materiales. Véase, *El País*, 25.02.1985.
- 29 El velatón es tal vez una de las formas de la memoria más impresionantes de la que se tenga memoria en Chile. En lugares donde disidentes fueron ejecutados, detenidos, humillados o desaparecidos, la memoria democrática encontró la forma de rebdir homenaje poniendo cientos, a veces miles de velas encendidas al atardecer.
- 30 Fortín Mapocho, 26.08, 1985
- 31 Gonzalo Achondo. La Doctrina de la Seguridad Nacional. En: *Cuadernos de Orientación* N°1. Berlín, 1979.
- 32 Véase el Documento: La demanda de Chile. Santiago, 26.04. 1986.
- 33 *Apsi Extra*. 7.07.1986.
- 34 *Revista Hoy* N° 468, 1986.
- 35 Idem.
- 36 Idem
- 37 *Revista Hoy* N° 474, 1986.
- 38 *Revista Hoy* N° 478, 1986.
- 39 Patricio Quiroga Z. Memoria, Monumento y Amnesia Histórica. En: *Encuentro XXI*, N° 8. Santiago, 1997.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 2003 -2007 